

1

VIVIR COMO HIJOS

Lunes, 13 de julio de 2020

Meditación de la mañana

Oración inicial

*Señor, Tú eres mi amor,
mi honra, mi esperanza y mi refugio.
Tú eres mi gloria y mi fin, mi maestro, mi Padre.
Ayúdame a no buscarte más que a Ti
ni a saber nada que no sea tu voluntad para cumplirla.
Sólo te quiero a Ti, y en Ti
y por Ti y para Ti, las demás cosas.
Tú eres para mí suficientísimo.
Haz que te ame como Tú me amas,
y como quieres que yo te ame.*

(Directorio Espiritual CMF, n. 8)

1. Petición al Señor

Señor, concédeme experimentar hoy que tú eres mi Padre y yo soy tu hijo (hija), para que, de este modo, te ame con todo mi ser y ame a las demás personas como Tú las amas.

2. Puntos para la meditación

En este primer día de Ejercicios Espirituales nos centramos en la primera de las relaciones que configuran nuestra vida: *la relación con nosotros mismos*. Queremos experimentar que nuestra verdadera identidad consiste en ser hijo o hija de Dios.

2.1. La pregunta constante por nuestra identidad

Los científicos debaten cuándo y cómo llegó a la *autoconciencia* la especie humana, pero, desde un punto de vista antropológico y psicológico, tendríamos que decir que **nunca acabamos de llegar del todo**. Seguimos preguntándonos de dónde venimos, quiénes somos y adónde vamos. Más aún, esta capacidad de hacernos preguntas es uno de nuestros rasgos distintivos como especie.

Es verdad que las preguntas últimas parecen casi silenciadas en la sociedad del ruido y el entretenimiento, pero siguen siendo inevitables y **reaparecen en momentos de crisis personales y sociales**. Es muy probable que durante las semanas del confinamiento **se hayan despertado de nuevo en nosotros**. La autoconciencia es una gestación ininterrumpida.

Una de las tareas de toda auténtica espiritualidad es **ayudarnos a preguntarnos quiénes somos**, a tomar conciencia de nuestro verdadero yo, a traspasar los límites de nuestra corporalidad y a ir más allá de los procesos bioquímicos que regulan nuestro funcionamiento como

especie humana. La **experiencia *Quid prodest***, tan típica de la espiritualidad claretiana, es nuestro particular método para cuestionarnos siempre, desde la Palabra de Dios, **desde *dónde y cómo* estamos viviendo**. Hacerse las preguntas pertinentes es el comienzo de todo itinerario espiritual.

2.2. *La tentación de un yo cerrado*

Hoy vivimos una cultura muy centrada en el propio “yo”. Nos preocupamos de nuestro cuerpo, nuestro trabajo, nuestro equilibrio afectivo y emocional, nuestro bienestar, nuestro futuro... En realidad, esta acentuación contemporánea del “yo” viene de muy atrás. El *antropocentrismo* moderno, que supuso un giro copernicano con respecto al *teocentrismo* medieval, ha ido derivando en distintas formas de colocar al ser humano en el centro. Esta centralidad se expresa en un abanico de manifestaciones, desde las más positivas (como la importancia dada a la libertad, la autonomía y la responsabilidad) hasta formas de alienación como el egocentrismo, el individualismo y el narcisismo.

En este contexto, muchas de las espiritualidades hoy en boga –incluyendo algunas propuestas de “ejercicios espirituales”– pretenden ayudar al hombre moderno a salir del “yo” cerrado mediante algunas técnicas (*mindfulness*, yoga, meditación trascendental, etc.). Sin embargo, corren el riesgo de centrarse demasiado en el *bienestar* del propio yo dejando en penumbra las *relaciones* que lo configuran. También esta puede ser

nuestra tentación. Los Ejercicios Espirituales no tienen como objetivo ayudarnos a “sentirnos bien” (ni siquiera en estos tiempos de pandemia), sino a **discernir la voluntad de Dios sobre nosotros**.

Las modernas corrientes transhumanistas, por su parte, aspiran a modificar la condición humana mediante el desarrollo y fabricación de tecnologías que mejoren todas nuestras capacidades físicas y psíquicas con la esperanza de que lo que la virtud no logra lo pueda conseguir la ciencia. En su obra *La cuarta revolución. Cómo la Infósfera está remodelando la realidad humana*, el italo-británico Luciano Floridi sostiene que, después de las tres revoluciones antropológicas de los últimos siglos (la copernicana, la darwiniana y la psicoanalítica), estamos entrando ya en la cuarta revolución (la informática), que **va a cambiar las coordenadas globales de nuestra manera de entender el ser humano y su manera de vivir en el mundo**. Todos los que nacieron después de 2001 –a los que Marc Prensky llamó *nativos* digitales– se mueven ya en este ambiente como su medio natural. La suya podrá acabar siendo una espiritualidad digital o informática.

Durante las semanas de la pandemia, nosotros mismos hemos podido experimentar la eclosión de muchas iniciativas digitales. Lo que ahora estamos haciendo (estos Ejercicios Espirituales *on line*) es también una expresión de la nueva era digital en la que estamos ya inmersos y cuyas consecuencias a medio y largo plazo no podemos aventurar.

2.3. La novedad cristiana: Tú eres mi hijo amado

En este contexto, **la novedad de la espiritualidad cristiana es que nos abre a una autoconciencia “redimida” y no solo “ampliada”**. Frente a quienes consideran al ser humano como un mero primate evolucionado, o como una supercomputadora siempre perfectible y manipulable, la Palabra de Dios nos revela que nosotros somos “*casi inferiores a los ángeles*” (Sal 8, 6), pero también –en respuesta a quienes idolatran la omnipotencia humana– que no somos el centro del universo, sino **criaturas dependientes de Dios**. Una de las lecciones de la pandemia actual es que basta un diminuto e invisible virus para poner en jaque a la humanidad entera. Somos menos omnipotentes de lo que la tecnociencia nos ha hecho suponer.

Nuestra dignidad nos viene del hecho de ser hijos e hijas de Dios (cf. 1 Jn 3,2), redimidos por la sangre de Cristo. La libertad humana es fruto del triunfo de la gracia sobre el pecado. **El yo se realiza cuando aprende a vivir como hijo**. Este es el centro de la meditación de esta mañana.

Nos pasamos toda la vida buscando “quiénes somos”. Cuando alguien nos pregunta, solemos responder indicando “lo que hacemos”; es decir, nuestra profesión: “*Soy albañil*” o “*Soy sacerdote*” o “*Soy profesora*”. Otras veces preferimos dar un rodeo y decir “lo que tenemos”: “*Tengo una familia de tres hijos*”, “*Tengo una casa en Madrid*”... Todas estas respuestas son más bien *excusas*

porque, en realidad, no sabemos *quiénes* somos. Decir que somos españoles, colombianos, mexicanos o argentinos, no resuelve el problema. Nuestra nacionalidad es un puro accidente. Tampoco si aludimos a nuestra etnia, nuestra estatura, nuestra clase social o nuestra orientación sexual.

La única respuesta verdadera, gozosa y firme es la que nos ofrece la Palabra de Dios: “Tú eres un hijo amado por Dios”. Esta respuesta no figura en nuestro documento nacional de identidad o en nuestro pasaporte, pero expresa como ninguna otra lo que de verdad somos.

Todo cambia cuando tomamos conciencia de esta verdad. Entonces, no necesitamos maquillar nuestra imagen en las redes sociales, mendigar ningún reconocimiento social, o ansiar títulos o posesiones, porque **tenemos dentro de nosotros la fuente de una dignidad filial que nadie podrá nunca arrebatarnos.** Este don es el que recibimos precisamente en el Bautismo.

2.4. La experiencia del Bautismo

Podemos iluminar la experiencia de la filiación a partir del relato del Bautismo de Jesús.

¿Cómo responde Jesús a las expectativas de la gente? No lo hace empuñando el látigo de la cólera y la venganza, como habían vaticinado algunos profetas del Antiguo Testamento, sino **introduciéndonos en la experiencia de hijos de Dios, la verdadera fuente**

de toda renovación. La tradición de la iglesia local de Palestina, siguiendo las indicaciones del evangelio de Juan, sitúa el bautismo de Jesús en un lugar del Jordán llamado Betábara. Según los geólogos, este es el punto más bajo de la tierra (unos 400 metros bajo el nivel del mar). Jesús, venido del cielo, **ha querido comenzar su misión descendiendo al lugar más bajo de la tierra**, mezclándose con la gente, para mostrar que quiere abrazar a todos, empezando por los que están situados más abajo, por todos los despreciados y marginados de este mundo. Abrazado a ellos, puesto en la fila de los pecadores, nos revela a todos nuestra verdadera identidad: **somos hijos de Dios.**

Mateo, al igual que Marcos y Lucas, describe la escena del Bautismo con tres imágenes: la *apertura* del cielo, la *paloma* y la *voz* del cielo. Nos fijamos en la primera. La *apertura* del cielo se entiende mejor teniendo en cuenta que el pueblo creía que, a causa de sus infidelidades y pecados, el cielo estaba cerrado para ellos. Lo expresa claramente un texto de Isaías: “*Señor, tú eres nuestro Padre; nosotros somos la arcilla y tú el alfarero, somos obra de tu mano. No te irrites tanto, Señor, no recuerdes siempre nuestra culpa: mira que somos tu pueblo...*”; “*¡Ojalá rasgases el cielo y bajases!*” (Is 64,7-8; 63,19). **Con Jesús se rompe todo aislamiento.** Dios se hace presente entre nosotros. Más aún, sobre cada uno pronuncia las mismas palabras que sobre Jesús: “*Tú eres mi hijo (mi hija) amado*”. El Padre, el Hijo y el Espíritu se concitan para dar fe de que nosotros somos hijos de Dios en el hijo Jesús. En el prólogo del Evangelio de Juan

leemos que “*a cuantos la recibieron [la Palabra], les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre*” (Jn 1,16).

Solo cuando tomamos conciencia de nuestra identidad como hijos de Dios estamos en condiciones de cambiar nuestro mundo. El cambio no lo hacen quienes son esclavos del pecado en todas sus múltiples formas (corrupción, violencia, odio, etc.), sino **quienes viven con la dignidad de hijos de Dios.** No hay nada más revolucionario y transformador que ser y saberse hijos e hijas de Dios por la fuerza del Espíritu Santo.

2.5. Aprender a vivir como hijos

Cuando nacemos traemos ya –por usar una metáfora informática– una pre-instalación: somos *criaturas* de Dios. El Bautismo instala en nuestro disco duro la *aplicación* esencial, nos introduce plenamente en la experiencia de ser hijos. Y si somos hijos, también herederos. **¿Cuáles son los rasgos que distinguen a los hijos de los siervos?**

- *Todo hijo es digno e inviolable.* Podrán insultarnos, calumniarnos, herirnos o incluso matarnos. Nada ni nadie podrá arrebatarnos nuestra dignidad grabada a fuego por el Bautismo. Un hijo de Dios es siempre un *rey*, un *sacerdote*, un *profeta*.
- *Todo hijo está llamado a la alegría.* Podremos experimentar pruebas, desalientos, altibajos y noches oscuras. Nada ni nadie podrá arrebatarnos el gozo de ser hijos del Padre. Donde hay gracia (*cháris*) hay siempre alegría (*chára*).

Meditación 1: Vivir como hijo

- *Todo hijo es bendecido con el don de la paz.* Podremos experimentar problemas, conflictos y fracasos. Nada ni nadie podrá quitarnos el don de la paz (*shalom*) porque nuestra vida está sustentada en Dios, nuestra roca, nuestro alcázar, nuestro libertador, nuestro alfarero.

Esa fue la experiencia de nuestro Fundador que se nos ha transmitido, por ejemplo, en la “oración apostólica” que él mismo incluye en su *Autobiografía*. Con algunas ligeras variantes con respecto al original, suena así: “*Señor y Padre mío, / que te conozca y te haga conocer; / que te ame y te haga amar; / que te sirva y te haga servir; / que te alabe y te haga alabar / por todas las criaturas. Amén*”. Claret añade más elementos, pero la esencia se reduce al juego de los cuatro verbos aplicados a Dios: **conocer, amar, servir y alabar**. Son los verbos que describen nuestra actitud de hijos y nuestro compromiso apostólico. No solo le pedimos a Dios que lo **conozcamos, amemos, sirvamos y alabemos**, sino que nos ayude a hacerlo conocer, amar, servir y alabar. Se pone el acento en la experiencia personal, y también en el hecho de compartir con otros esa misma experiencia.

Solo quien está convencido de que todos los seres humanos –independientemente de sus condiciones personales o sociales– son hijos de Dios, puede entregarse a los demás, sobre todo a los más necesitados, como lo han hecho tantos misioneros y misioneras a lo largo de la historia. El P. **Mariano Avellana**, insigne misionero en Chile, lo subraya con mucha claridad:

“Trataré de imitar a Jesucristo que no hacía separación de personas. Para mí todos y todas serán hijos de Dios; lo mismo el Papa de Roma, un niño, una muchacha, un mendigo o un preso de la cárcel”.

En la meditación de la tarde tendremos oportunidad de profundizar en la experiencia claretiana de Dios como Padre y en lo que significó para nuestro Fundador la experiencia de ser hijo de Dios.

3. Pistas para el tiempo personal

1. Escoge un lugar en el que puedas estar en silencio. Durante unos minutos **respira hondo**. Pídele al Espíritu Santo que te ayude a saborear la Palabra de Dios y a revivir tu condición de hijo o hija de Dios. No tengas prisa. Déjate serenar por el ritmo de la respiración, que es el ritmo de la vida (inspirar-expirar). No des el siguiente paso sin sentir que “estás a lo que estás”.
2. Cuando te parezca oportuno, **lee y medita los siguientes textos del Nuevo Testamento**. Puedes subrayar las palabras o frases que más te llegan al corazón. Detente en ellas. Ora a partir de lo que el Espíritu vaya suscitando en ti. Agradece el paso de Dios por tu vida.

1 Jn 3,1-2

[1] “Ved qué amor tan grande nos ha mostrado el Padre: que nos llamamos hijos de Dios y lo somos. Por eso el mundo no nos reconoce, porque no lo reconoce a él. [2] Queridos, ya somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando aparezca, seremos semejantes a él y lo veremos como él es”.

Gal 4,1-8

[1] “Digo lo siguiente: mientras el heredero es menor de edad, aunque sea dueño de todo, no se distingue del esclavo; [2] sino que está sometido a tutores y administradores hasta la fecha fijada por su padre. [3] Lo mismo nosotros, mientras éramos menores de edad, éramos esclavos de los elementos cósmicos. [4] Pero cuando se cumplió el plazo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, [5] para que rescatase a los súbditos de la ley y nosotros recibiéramos la condición de hijos. [6] Y como sois hijos, Dios infundió en vuestro corazón el Espíritu de su Hijo, que clama: Abba Padre. [7] De modo que no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres heredero por disposición de Dios”.

3. Te puede ayudar la lectura de un extracto de la **homilía de Benedicto XVI en la solemnidad de María, Madre de Dios** (1 de enero de 2013):

“Lo expresa el apóstol Pablo en la segunda Lectura, tomada de la Carta a los Gálatas (4,4 -7), hablando del Espíritu que, en el íntimo de nuestros corazones, exclama: “*iAbba! iPadre!*”. Es el grito que brota de la contemplación del verdadero rostro de Dios, de la revelación del misterio del Nombre. Jesús afirma: “*He manifestado tu nombre a los hombres*” (Jn 17,6).

El Hijo de Dios haciéndose carne nos ha hecho conocer al Padre, nos ha hecho percibir en su rostro humano visible el rostro invisible del Padre; a través del don del Espíritu Santo derramado en nuestros corazones, nos ha hecho conocer que en El también nosotros somos hijos de Dios, como afirma San Pablo en el relato que hemos escuchado: “*Y la prueba de que ustedes son hijos, es que Dios infundió en nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama a Dios llamándolo iAbba!, es decir, iPadre!*” (Gál 4,6). He aquí queridos hermanos, el fundamento de nuestra paz: la certeza de contemplar en Jesucristo el esplendor del rostro de Dios Padre, de ser hijos en el Hijo, y tener así, en el camino de la vida,

Meditación 1: Vivir como hijo

la misma seguridad que el niño siente en los brazos de un Padre bueno y omnipotente.

El esplendor del rostro del Señor sobre nosotros, que nos concede la paz, es la manifestación de su paternidad; el Señor dirige sobre nosotros su rostro, se muestra Padre y nos dona la paz. Aquí está el principio de aquella paz profunda - “paz con Dios”- que está ligada indisolublemente a la fe y a la gracia, como escribe san Pablo a los cristianos de Roma (cfr. Rm 5,2). Nada puede quitar a los creyentes esta paz, ni siquiera las dificultades y los sufrimientos de la vida.

De hecho, los sufrimientos, las pruebas y la oscuridad no corroen, sino acrecientan nuestra esperanza, una esperanza que no desilusiona porque *“el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos ha sido dado”* (Rm 5,5).

4. Puedes terminar la meditación de esta mañana, **respondiendo por escrito a las siguientes preguntas:**

- ¿A qué doy más importancia en relación con mi propio “yo”? ¿Dónde estoy poniendo el acento en esta etapa de mi vida?
- ¿Vivo *demasiado* preocupado por tener una buena imagen pública, por el reconocimiento de los demás, por el éxito en mi trabajo, por mi bienestar físico y emocional?
- ¿Qué experiencias hermosas descubro en mi vida en relación con mi condición de hijo(a) de Dios? ¿Recuerdo alguna historia en especial?
- ¿Qué consecuencias prácticas tiene en mi vida el hecho de saberme hijo(a) de Dios?

Gonzalo Fernández Sanz, CMF